

- Servir á mi país fué siempre mi más ardiente deseo.
- ¿ Habéis estudiado derecho, Gibassier ? eso conduce á todo.
- Sí, pero he tenido la desgracia de no licenciarme.
- Eso es imperdonable en un hombre que sabe el código de su país tan bien como vos, es decir, al dedillo.
- No sólo nuestro código, Mr. Jackal, sino el de todos los países.
- ¿ Y cuando habéis hecho esos estudios ?
- Durante las horas de descanso que me concedía el gobierno.
- ¿ Y el resultado de vuestros estudios ?
- Ha sido que hay mucho que reformar en Francia.
- Sí, la pena de muerte, por ejemplo.
- Leopoldo de Toscana, un duque filósofo, la ha reformado en sus Estados.
- Sí, y al día siguiente mató un hijo á su padre, crimen que no se había perpetrado hacia un cuarto de siglo.
- Pero no es eso lo único que he estudiado.
- Sí, habéis estudiado también la hacienda.
- Con especialidad. ¡ Pues bien ! á mi regreso he encontrado la de Francia en un estado deplorable. Antes de dos años se elevará la deuda á una cifra exorbitante.
- ¡ Ah ! no me habléis de eso, querido Mr. Gibassier.
- No, porque mi corazón se despedaza con sólo pensar en ello, y sin embargo...
- ¿ Qué ?
- Si se me consultase, las cajas del Estado estarían llenas en vez de estar vacías.
- Creía, querido Mr. Gibassier, que al contrario, habiéndoos confiado un negociante su caja, la había encontrado vacía en vez de encontrarla llena.

- Mi buen Mr. Jackal, se puede ser un malísimo cajero y ser un excelente especulador.
- Volvamos á las cajas del Estado, mi querido Mr. Gibassier.
- Pues bien, conozco un remedio para el mal acerbo que vacía las nuestras. Sé cómo aniquilar ese gusano roedor de las naciones que se llama presupuesto ; sé cómo echar abajo los odios, reunidos como nubes borrascosas por encima del gobierno.
- ¿ Y ese medio profundo, Gibassier ?
- Casi no me atrevo á decíroslo.
- Es cambiar el ministerio, ¿ no es verdad ?
- No, es cambiar el gobierno.

## CAPÍTULO IV.

## LA MISIÓN DE GIBASSIER.

- ¡ Oh ! dijo Mr. Jackal, S. M. sería muy feliz si os oyese hablar así.
- Sí, y al día siguiente de aquel en que hubiera expresado mi opinión con la libertad de un hombre de conciencia, se me arrestaría naturalmente, se registraría mi correspondencia, se descubrirían los secretos de mi vida privada...
- ¡ Bah ! dijo Mr. Jackal.
- Se haría, y por eso nunca me asociaré á ningún complot... sin embargo...
- ¿ Á ningún complot, mi querido Mr. Gibassier ? dijo

Mr. Jackal levantando sus anteojos y mirando fijamente á Gibassier.

— No, y sin embargo, puedo lisonjearme de que se me han hecho famosas proposiciones.

— Estáis lleno de reticencias, Gibassier.

— Es que quisiera que nos comprendiésemos.

— Sin comprometernos uno á otro, ¿no es verdad?

— Justamente.

— Pues bien, hablemos, tenemos tiempo; cuando yo digo tenemos tiempo...

— ¡ Ah ! ¿ estáis de prisa ?

— Un poco.

— Espero que no seré yo quien os retenga.

— Al contrario, sólo vos. Así que continuad...

— ¿ Dónde estábamos ?

— En vuestro segundo *sin embargo*.

— Sin embargo, decía, temo una vez libre...

— ¿ Una vez libre ?

— No teniendo un hábito antiguo de libertad...

— ¿ Teméis abusar de la vuestra ?

— Justamente. Así que, suponed que me dejo arrastrar, yo soy un hombre fácil de dejarme arrastrar.

— Ya lo sé, Gibassier, al contrario de Mr. de Talleyrand, vuestro primer movimiento es el malo; pero cedéis á él.

— Pues bien, suponed que entre en alguno de esos complots que se traman en derredor del trono del viejo rey. ¿ Qué sucedería una vez allí ? Estaría entre dos escollos: si guardaba silencio, arriesgaba mi cabeza; si denunciaba á mis cómplices, arriesgaba mi honor.

Mr. Jackal parecía que arrancaba con los ojos las palabras de boca de Gibassier.

— ¿ De modo, le dijo, que insistís en dudar del porvenir, mi querido Gibassier ?

— ¡ Ah ! mi buen Mr. Jackal, insistió el penado, que parecía temer haber dicho demasiado, y volvió sobre sí; si me profesaseis la cuarta parte de la amistad que yo os profeso, ¿ sabéis lo que haríais ?

— Decid, Gibassier, y si está en mi poder, lo haré tan cierto como que el sol nos alumbra.

Quizás Mr. Jackal empleaba esta locución por costumbre, pero el hecho es, que por el momento, el sol iluminaba las islas Sandwich.

Así que, Gibassier volvió los ojos hacia la ventana, y su mirada fué una elocuente ironía: el sol estaba ausente, justamente en el momento en que Mr. Jackal lo tomaba por testigo. Pero aparentó no notarlo, y sí tener por buena la invocación de Mr. Jackal.

— Pues bien, dijo Gibassier, si estáis dispuesto á hacer algo por mí, hacedme viajar, mi buen Mr. Jackal, no me hallaré en mi centro hasta que esté fuera de Francia.

— ¿ Y adónde queréis ir, querido Mr. Gibassier ?

— Donde quiera, excepto al Mediodía.

— ¡ Ah ! ¿ detestáis mucho á Tolón ?

— Ó al Oeste.

— Sí, á causa de Brest y de Rochefort. Vamos, fijad vos mismo vuestro itinerario.

— Desearía ir á Alemania... ¿ Creeréis que no conozco la Alemania ?

— Lo que hace que tampoco se os conozca allí. Concibo la ventaja que hallaríais en viajar por un país virgen.

— Sí, se explora.

— Eso es.

— Sería para mi un gozo explorar la antigua Alemania, sobre todo.

— ¿La Alemania de los castillos?

— Sí, la Alemania de los burgraves, la Alemania de los hechicheros, la Alemania de Carlomagno, *Germania mater*...

— Entonces, seriais feliz si tuvieseis una misión á orillas del Rhin.

— El día en que la obtuviera, se cumplirían todos mis deseos.

— ¿Habláis con el corazón abierto?

— Tan cierto, como que el sol no nos alumbra, mi buen Mr. Jackal.

Esta vez fué Mr. Jackal quien volvió la cabeza hacia la ventana, y quien notando la ausencia del astro que tomaba por testigo su interlocutor, pudo dar fe á las alegaciones de Gibassier.

— Os creo, Gibassier, dijo Mr. Jackal, y voy á probároslo.

Gibassier se volvió todo oídos.

— ¿Decís, pues, mi querido Gibassier, que el objeto de todos vuestros deseos sería una misión á orillas del Rhin?

— Lo he dicho y no me desdigo.

— ¡Pues bien! la cosa no es imposible.

— ¡Ah! mi buen Mr. Jackal

— Sólo que no os digo si la misión será del lado de acá ó del lado de allá del Rhin.

— Desde el momento en que yo me encuentre bajo vuestra protección inmediata... y sin embargo, no os oculto que preferiría...

— ¡Desconfianza, Gibassier!

— ¡Pues bien! no, porque al fin no tenéis ninguna razón para engañarme...

— Ninguna, os conozco.

— Ni para perder el tiempo conmigo, si nada tuvieseis que decirme.

— Yo nunca pierdo el tiempo, Gibassier, y desde el momento en que me veis de viaje y pronto á partir, si no parto, es porque hago yo, ó se hace para mí, durante este retraso, algo útil.

— ¿Respecto á mí? preguntó Gibassier con cierta inquietud.

— No diré que no. Tengo tan grande inclinación hacia vos, mi querido Gibassier, que desde que os he encontrado no me ocupo más que de una cosa, de ver qué se puede hacer de vos.

— Se pueden hacer muchas cosas, Mr. Jackal.

— Ya lo sé; pero todo hombre tiene una vocación. Veamos, Gibassier; vos no sois de mucha talla, pero estáis sólidamente construído.

— He ganado hasta diez francos por día como modelo.

— ¡Pues bien! ved, tenéis además un temperamento sanguíneo, un carácter enérgico.

— Demasiado, de ahí proceden todas mis desgracias.

— Porque os habéis separado de vuestro camino; empeñado en otro, hubiérais conseguido el objeto.

— Sobradamente, Mr. Jackal.

— Vedlo ahí, esa es mi opinión. Permitidme, pues, decir, que sois de la masa de que se hacen los grandes capitanes, Gibassier, y lo que me admira hace mucho tiempo, es no veros seguir la carrera de las armas.

— Aun estoy yo más admirado de eso que vos, Mr. Jackal.

— Pues bien, ¿qué diriais si yo reparase relativamente á vos la negligencia de la fortuna?

- No diría nada, Mr. Jackal, mientras no supiese de qué modo la repararíais.
- ¿Si os hiciese general?
- ¡General!
- Sí, general de brigada.
- ¿Y qué brigada tendría el honor de mandar, Mr. Jackal?
- Una brigada de seguridad, mi querido Gibassier.
- ¿Es decir, que me proponéis simplemente ser un esbirro?
- Sí, simplemente.
- ¿Renunciar á mi individualidad?
- La patria os pide que le hagáis ese sacrificio.
- Haré lo que exija la patria; pero ella por su parte, ¿qué hará por mi?
- Formulad vuestros deseos.
- Vos me conocéis, mi querido Mr. Jackal.
- Tengo ese insigne honor!
- Sabéis que tengo grandes necesidades.
- Se atenderá á ellas.
- ¿Caprichos desmesuradamente costosos?
- Se satisfarán.
- En una palabra, puedo haceros grandes servicios.
- Hacedlos, mi querido Gibassier, y se pagarán.
- Ahora, dejadme deciros algunas palabras, que van á probaros de lo que soy capaz.
- ¡Oh! os creo capaz de todo, general.
- Y de otras muchas cosas aún: vais á ver.
- Escucho.
- ¿De qué depende la grandeza y la salvación de un Estado?... de la policía, ¿no es verdad?
- Es verdad, general.

- Un país sin policía es un gran navío sin brújula y sin gobernalle.
- Eso es á la vez cierto y poético, Gibassier.
- Se puede, pues, mirar la misión del empleado de policía como la más santa, la más delicada y la más útil á la vez de todas las misiones.
- No seré yo quien os diga lo contrario.
- Pues entonces, ¿de dónde procede que para ocupar ese empleo importante, para llenar esa misión conservadora, se eligen ordinariamente idiotas de la más baja especie? ¿De dónde procede esto? Voy á deciroslo: de que la policía, en vez de ocuparse de las grandes cuestiones gubernamentales, entra en los detalles más ínfimos y se deja llevar de preocupaciones de todo punto indignas de ella.
- Continúa, Gibassier.
- Gastáis muchos millones en buscar los complots políticos, ¿no es verdad? ¿Pues bien! ¿cuántos habéis descubierto desde 1815?
- Desde 1815, dijo Mr. Jackal, hemos descubierto...
- Ni uno solo, interrumpió Gibassier, porque sois vos quien los habéis hecho todos.
- Es verdad, dijo Mr. Jackal, y ahora que sois de los nuestros, nada intentaré ocultaros.
- Conspiración Didier, asunto de policía; conspiración Tollerón, Pleigner y Carbonneau, asunto de policía; conspiración de los cuatro sargentos de la Rochela, asunto de policía; ¿cómo os veis reducidos á esto? porque no os atrevéis á abordar francamente los cuatro ó cinco grandes jefes de complot, con quienes os codeáis todos los días en las calles de París. Podáis el árbol, y no osáis poner en el tronco el hacha, ¿y por qué? porque los desgraciados agentes que empleáis tienen ojos para no ver, oídos para no

oir; porque habéis hecho su misión deshonrosa é impopular; porque habéis rebajado la palabra policía, consagrando á ella inteligencias escogidas, no para vigilar por la seguridad del Estado, sino para arrestar á los ladrones.

— Hay verdad en lo que decís, Gibassier, dijo Mr. Jackal tomando un polvo.

— Pero ¿ qué os han hecho esos desgraciados ladrones? ¿ No podéis dejarles trabajar en paz? ; Será que os atormen ten, que se quejen de la ley contra la prensa, que hagan sátiras contra vos, que griten contra los jesuitas! no; os dejan obrar tranquilamente en vuestra pequeña exagerada política. ¿ Habéis encontrado nunca uno solo de ellos en un complot? En vez de concederles ayuda y protección como á gentes pacíficas é inofensivas, en vez de cerrar paternalmente los ojos sobre sus pequeñas travesuras, os encarnizáis en sus llos como en una presa, ¿ y llamáis á esto trabajos de policía? ; Puf! Mr. Jackal, eso es una cosa mezquina y baja, eso es la infamia del arte, esa es la policía como se hacía en el paraíso terrestre en el tiempo en que se arrestaba á Adán y Eva por una desgraciada manzana, en vez de coger por el cuerpo á la serpiente que conspiraba. Mirad, Mr. Jackal, anteayer, sin ir más lejos, se ha arrestado ¿ á quién?... os reclamo al ángel Gabriel.

— Vuestro amigo: ; oh!

— ¿ Esto os indigna?

— ¿ Se le ha pues reconocido?

— Ni siquiera; tenía hambre el honrado mozo, y había entrado, ¡ pobre inocente! para pedir un pan en casa de un panadero, que estaba de mal humor porque acababan de cogerle *in fraganti* delito de venta con peso falso, y la policía correccional iba á exigirle doce francos de multa. Negó brutalmente el pan, que el pobre hambriento le pe-

dia. Entonces éste cogió el pan, mordió en él, y á pesar de los gritos del panadero, lo había devorado antes que llegasen vuestros agentes, que al fin llegan, y en vez de arrestar al panadero arrestaron á Gabriel.

— Sí, dijo Mr. Jackal, bien sé que hay vicios en nuestra legislación; pero con vuestros consejos se les combatirá, honrado Gibassier.

— Mientras que vuestros agentes se entregaban á este ejercicio, ¿ sabéis lo que pasaba á unos cien pies debajo de ellos?

— Se conspiraba, ¿ no es verdad?

— ¿ Y sabéis cuál era el grito de unión de la conspiración?

— ¡ Viva el emperador! vamos, veo bien que el pozo que habla, ha hablado para vos como para mí, Gibassier... ¿ Y qué consecuencias habéis sacado de ese grito?

— Que antes de un mes, tres semanas ó quince días tal vez, gozaríamos de otra forma de gobierno.

— ¡ Pues bien! hecha esa confesión, creo que poco me queda que deciros.

— Pero á mí me queda que aguardar vuestras órdenes, mi mariscal, dijo Gibassier haciendo el gesto de un oficial que lleva la mano á su sombrero delante de un superior.

— ¿ Cuándo podréis teneros sobre vuestras piernas?

— Cuando sea necesario, dijo Gibassier.

— Os doy veinticuatro horas.

— Es más de lo que necesito.

— Mañana por la mañana partiréis para Kehl. Paja-Larga os entregará vuestros pasaportes. En Kehl, os detendréis en la casa de Postas. Un hombre que viene de Viena, pasará en una silla de posta. Cuarenta y ocho años, ojos negros, bigote cano, cabellos recortados, talla cinco pies y

siete pulgadas. Viajará bajo un nombre cualquiera, el suyo verdadero es Sarranti. Desde el momento en que se ofrezca á vuestros ojos, no le perdáis de vista. Los medios; eso es cosa vuestra. Á mi regreso, deseo saber dónde está alojado, lo que hace y lo que hará. Hé ahí un buen millar de escudos, pagaderos en la calle de Jerusalén. Hay doce mil francos para vos si cumplis puntualmente mis instrucciones.

— ¡ Ah ! dijo Gibassier, bien sabia yo que el mérito era recompensado un día ú otro.

— Lo que decís es tanta verdad, Gibassier, cuanto que si conociese un mérito mayor que el vuestro, á él le confiaría la misión que os confío á vos; y ahora, mi querido Gibassier, os deseo buena salud y feliz éxito.

— ¡ Ah ! en cuanto á lo de buena salud, estoy curado. El deseo de ser útil á S. M. ha hecho esta cura milagrosa. En cuanto á triunfar, confiad en mí.

En aquel momento entró Paja-Larga y habló en voz baja con Mr. Jackal.

— Conocéis las palabras del rey Dagoberto, mi querido Gibassier, dijo Mr. Jackal: « No hay compañía tan buena, que no sea preciso dejarla; » pero la obligación antes que la devoción, el deber antes que el placer, la virtud antes que la amistad. Adiós, y buena suerte.

Y Mr. Jackal dejó rápidamente á Gibassier.

Llegado al atrio de Nuestra Señora, encontró una berlina de viaje, tirada por cuatro caballos montados por dos postillones.

— ¿ Estás ahí, Carmañola ? dijo Mr. Jackal entreabriendo la portezuela del carruaje.

— Sí, Mr. Jackal.

— Entonces, estáte quieto.

— ¿ Me lleváis, pues, á Viena ?

— No, te dejo en el camino.

En seguida, volviéndose hacia Paja-Larga :

— Anteayer, en la calle de Santiago, se ha arrestado á un desgraciado que había robado un pan : penédmele aparte, tengo que hablarle á mi regreso ; responde al nombre de ángel Gabriel.

Lanzándose entonces en el carruaje y estableciéndose cómodamente en el fondo, mientras que Carmañola se mantenía modestamente al vidrio :

— Camino de Bélgica, dijo al postillón, que cerraba la portezuela, y seis francos de propina.

— ¡ Eh ! oyes, Jolibois, gritó el postillón á su camarada, seis francos de propina.

— Pero se ha de caminar ligero, dijo M. Jackal sacando la cabeza por la portezuela.

— Arderá el suelo, príncipe mío, dijo el postillón colocándose en la silla... ¡ Hurra !

Y desapareció el carruaje en el momento en que aparecía el día.

## CAPÍTULO V.

### MIENÓN.

Nuestros lectores recordarán probablemente que acabamos de dejar á Mr. Jackal y á Carmañola llevados al galope por cuatro caballos, que abrasaban el pavimento bajo el látigo de los postillones.

Dejémosles correr en posta camino de Alemania, pon-

gamos entre ellos y nosotros la frontera de Francia, y volvamos á aquella casa de la calle de Oeste, delante de la que hemos visto una mañana detenerse el blasonado carruaje de la princesa Regina de Lamothe-Houdon.

Hagamos como ella; entremos bajo la bóveda de la puerta cochera; pero en vez de detenernos allí como ella, subamos los tres pisos de una casa nuevamente edificada, y detengámonos enfrente de una puerta guarnecida de clavos, y esculpida como una puerta árabe.

Ahora, obremos como amigos; levantemos el picaporte sin llamar, y nos encontraremos en el umbral del estudio de nuestro antiguo conocido Petrus Herbel.

Era el estudio de Petrus un estudio adorable, estudio de pintor lo primero, pero también de músico, de poeta y de príncipe, porque el vulgo se equivoca al pensar que sólo los pintores tienen el privilegio de los estudios. Desde esta época, todo el que piensa, todo el que compone, todos los que trabajan de imaginación, en una palabra, se sientan estrechamente en esa especie de ratoneras que se llaman gabinetes de estudio.

Parece que el pensamiento, ese esclavo rey, para elevarse á su verdadera altura, necesita, como las grandes águilas, espacio y aire.

Tiempo vendrá, lo esperamos, en que los propietarios, convertidos en personas de talento, comprendan el beneficio de los estudios, y obligarán á los inquilinos que aun no lo comprendan, á habitarlos por tono, si no por preferencia ó por necesidad.

En esa época en qué el estudio pintoresco sucedía apenas al estudio clásico, el de Petrus podía tomarse por tipo del alojamiento de un Rafael de la nueva escuela.

Hemos dicho, por otra parte, que aquel era un taller

que podía convenir igualmente á un pintor, á un músico, á un poeta y á un príncipe.

El lector es testigo de que hemos nombrado al príncipe el último, porque en nuestra opinión, la nobleza del genio es más antigua aún que la del señor conde de Merode, que pretende descender de Meroveo, aun más que la del señor duque de Levy, que pretende descender de la Virgen. No ponemos en duda estas dos descendencias; pero la nobleza de Shakspeare y Dante es mucho más antigua y respetable en nuestra opinión. El uno descende de Homero, el otro de Moisés.

Al entrar en casa de Petrus se hubiera admirado, sorprendido y encantado cualquiera. Todos los sentidos se conmovían, porque todos trabajaban á la vez: el oído con los gemidos del órgano; el olfato con el perfume del benjui y del aloes, que ardían en pebeteros turcos; la vista con el aspecto de mil objetos diversos que llamaban la atención y atraían las miradas en todos sentidos.

Reclinatorios del siglo xiv con esculturas de cimbalillos, pinturas duras y de colores vivos, obras maestras de los reinados de Carlos IV, Luis XI y Luis XII, cuyos autores no se conocían más que lo que se conocen los arquitectos y escultores de nuestras más bellas catedrales. Baúles del renacimiento de Enrique III y Luis XIII con incrustaciones de concha, nácar y de marfil; estatuitas destacadas de los sepulcros de los duques de Borgoña ó de Berry, monjes orando, santas melancólicas, San Jorge y San Miguel domando dragones, los unos pintados como los apóstoles de la santa capilla, los otros dorados como los evangelistas de Mont-Real; jaulas holandesas, suspendidas del cielo raso, como se las ve en las ventanas de las mujeres de Mieris; lámparas de cobre con mecheros contor-

neados, como se las ve en el interior de Gerardo Dow.

Armas de todas clases, de todas épocas, de todos los países, desde la frámea de los reyes cabelludos, hasta esas hermosas y buenas carabinas que en esta época comen- zaban á salir de los talleres de Devisme desde el rompe- cabezas primitivo, el arco y las flechas envenenadas de los salvajes de la Nueva Zelândia, hasta los sables corvos de los bajás turcos y las pistólas de culata de plata cincelada : en medio de todo esto, sostenidos por hilos invisibles que les daban la apariencia de volar con sus propias alas, aves de mar y tierra, de Europa y África, de América y Asia, de todas magnitudes y de todos colores, desde los gigan- tescos albatros, que se dejan caer desde las nubes sobre su presa como un aerólito, hasta el pájaro mosca que parece una escarbucla ó un zafiro llevado por el viento. Bustos de veso, reproducción de las obras maestras de Fidias y Miguel Ángel, de Praxiteles y Juan Goujón, troncos amol- dados sobre la naturaleza, bustos de Homero y de Cha- teaubriand, de Sófocles y de Victor Hugo, de Virgilio y de Lamartine ; en fin, sobre todas las paredes, estudios, según Poussin, Rubens, Velázquez, Rembrandt, Watteau, Creuse, dibujos de Scheffer, de Delacroix, de Boulanger y Horacio Vernet.

Cuando la vista admirada, hasta inquieta al aspecto de tantos objetos diversos, se debaja guiar por el oído, y buscaba el instrumento y el músico, cuyos sonidos melo- díosos y dedos diestros llenaban la habitación de olas de armonía, la mirada, penetrando en el hueco de una ven- tana con vidrios de color, cuyo alféizar servía de cuadro á un órgano, se detenía sobre un joven de veintiocho á treinta años, de rostro pálido, de facciones melancólicas, que dejaba vagar sus dedos sobre las teclas, improvisando

acordes de un sentimiento exquisito, pero de una tristeza profunda.

Este músico, esta especie de maestro Volfrang, es nues- tro amigo Justino. Hace más de un mes que pide á todo el mundo noticias de Mina, y á pesar de las promesas de Salvador, nada ha sabido.

Parece que aguarda los versos que otro joven compone, ó más bien traduce para hacerles música. Este otro joven, de tez morena, de cabellos crespos, mirada inteligente y labios carnosos y sensuales, es nuestro poeta Juan Robert, que sirve de modelo y traduce á la vez.

Sirve de modelo para un cuadro de Petrus, y traduce versos de Goëthe.

Enfrente de él está una adorable niña que tendrá ape- nas catorce años, con uno de esos trajes fantásticos que tanto le gusta llevar, zequies de oro al cuello y sobre la frente, en derredor del talle una banda roja, una túnica de flores de oro y encantadores piecitos desnudos, ojos de terciopelo, dientes de perlas y cabellos de ébano, que caían hasta el suelo.

Es Rosa de Noel con el traje de Mignón.

Baila para su amigo Wilhelm Meister, el baile de los huevos, que ha rehusado bailar en la calle para su primer maestro.

Wilhelm Meister compone mientras ella baila ; la mira, sonríe y vuelve á sus versos.

Hemos dicho que Wilhelm Meister era nuestro poeta.

Al lado de Rosa de Noel, tendido en el suelo, y expli- cando la sonrisa melancólica de la niña, está aquel otro Mohicanito del Buen Dios, á quien hemos visto en casa del maestro de escuela y en casa de la Brocante, Babolin ; vestido con un traje de bailarín español, completa el ma-

raviloso cuadro de composición que Petrus está en disposición de trasladar al lienzo, y que, como obra de arte, se halla entre un Isabey y un Decamps.

Petrus es siempre aquel joven medio artista, medio aristócrata, de bella y noble figura que conocemos. Sólo que aquella figura está cubierta con un velo de tristeza profunda, que entristece aún, en vez de alegrar, la sonrisa amarga que pasa de vez en cuando sobre sus labios.

Esta sonrisa amarga, es el pensamiento interior y desconocido que brilla; que nada tiene de común con lo que hace ni con lo que dice.

Lo que hace, lo repetimos, es un cuadro que representa á Mignón bailando delante de Wilhelm Meister, el baile de los huevos.

Lo que dice, es:

— ¡Pues bien! ¿Juan Robert, está concluida esa canción de Mignon? Bien ves que Justino espera.

Lo que piensa, lo que hace que una sonrisa amarga se dibuje sobre sus labios, es que en aquella hora misma en que concluye su cuadro, en el que trabaja hace tres semanas, en que pregunta á Juan Robert si ha concluido, en que enjuga con un pañuelo de batista el sudor de su frente, es que en aquella hora misma, decimos, la bella Regina de Lamothe-Houdon se casa con el conde Rappt en la iglesia de Saint-Germain-des-Prés.

Ahora, vedlo; hay, sin embargo, cierta analogía entre lo que pasa y el cuadro que Petrus hace.

Rosa de Noel, que representa á Mignón, es un recuerdo de aquella hermosa Regina, á quien ama con un amor tan profundo, y que en aquel momento mismo se le escapa para siempre. Por un instante, la vida sombría de

la pobre gitanilla se ha iluminado con el reflejo brillante de la vida de Regina.

Para tener un pretexto para ocuparse, aunque no fuese más que indirectamente, de la hija del mariscal, de la mujer del conde Rappt, porque Regina va á ser mujer de su rival, ha buscado Petrus á aquella Rosa de Noel, cuyo retrato habia diseñado sin conocerla, la ha encontrado, y con ayuda de Salvador la ha decidido á venir á servirle de original á su casa.

Y ved, Rosa de Noel sirve de original, encantada con el bello traje que le ha puesto Petrus, y mirando con sus grandes ojos atónitos y alegres aquella mágica reproducción de su persona sobre el lienzo.

Es preciso decirlo también: ningún pintor, ningún poeta, ni Petrus, que quería reproducir su imagen; ni Goëthe, que la habia soñado, nadie hubiera podido imaginar, y aun menos formular, una Mignón semejante á la que Petrus tenía allí delante de los ojos.

Imaginad la miseria niña, ó más bien la infancia miserable con su belleza ingenua, su indiferencia de oro, y sin embargo, á través de aquella belleza y de aquella indiferencia, no sé qué de melancólico y pensativo.

Recordad aquella febril belleza, aquella temblorosa joven, sentada en la barca de aquel hermoso cuadro de Herbert, que se llama *La Malaria*.

No, nada imaginéis, nada supongáis, ved con los ojos de vuestra imaginación, y veréis mejor que nos es dado haceros ver.

Ahora, ¿á quién se parecía esta Mignon de Petrus?

Difícil era decirlo.

Si se hubiera consultado á Rosa de Noel, hubiera dicho seguramente al ver á la gitanilla del cuadro, que la Mig-

non de Petrus se parecía á la hada Carita, ó más bien á la señorita de Lamothe-Houdon.

Mientras que, explicad esto como queráis, queridos lectores, si se hubiera interrogado á Regina, hubiera encontrado incontestablemente que aquella Mignon se parecía á Rosa de Noel.

¿ De dónde procede esto ?

De que Petrus miraba á Rosa de Noel y pensaba en Regina.

Y en verdad mirando á Rosa de Noel y pensando en Regina, acababa de decir á Juan Robert :

— Y bien, Juan Robert, ¿ está concluida esa canción de Mignon ? bien ves que aguarda Justino.

— Héla aquí, dijo Juan Robert.

Medio se volvió Justino sobre su taburete ; Petrus bajó su tiento y su paleta sobre sus rodillas ; Rosa de Noel fué á mirar por encima del hombro de Juan Robert las patas de mosca llenas de tachones que representaban las tres coplas de la canción de Mignon, tan popular en Alemania, y Babilón se levantó sobre sus codos.

— Lee, escuchamos, dijo Petrus.

Juan Robert leyó :

¿ Conoces, dime, el país  
Do los limones florecen,  
La naranja amarilla  
Bajo su follaje verde ;  
Do los días son de fuego,  
Las noches tibias, calientes,  
Do reina la primavera ;  
Desterrando el inclemente  
Invierno helado ? Ese dulce  
País, donde el mirto crece  
Solitario, y en un aire

Embalsamado, se advierte

Creer al laurel frondoso,

¿ Lo conoces ? no. Atiende.

¡ Pues bien ! esa es la tierra, amado mio,  
Adonde quiero yo volver contigo.

¿ Conoces, dime, la casa  
Donde se abrieron mis párpados,

Do los dioses de granito

Que me causaban espanto,

Al verme volver á entrar

Murmuraran con sus labios

De piedra : « Niña inocente,

¿ Qué fué de ti ? ¿ Do has estado ? »

Por las noches, en mi sueño,

Centellea como un faro

Su vidriera, que se enciende

En el poniente inflamado.

¿ Conoces, dime, esa casa ?

¿ Di, la conoces acaso ?

¡ Ay ! aquella es la casa, amado mio,

¡ Donde quisiera yo vivir contigo !

¿ Conoces, di, la montaña

Donde la avalancha brilla,

Do por sendero brumoso

Pausada mula camina,

Donde el antiguo dragón

Se arrastra con su familia,

Do el espumoso torrente

Salta de la roca encima ?

Esa montaña es preciso

Franquearla en la nube misma,

Pues la mirada encantada

Descubre, desde su cima,

El pintoresco horizonte

De tierra bien conocida.

¡ Ay de la tierra aquella ! amado mio,

Donde quisiera yo morir contigo.

Á este último verso lanzó Justino un suspiro, Rosa de Noel enjugó una lágrima, y Petrus tendió la mano á Juan Robert.

— ¡ Ah ! dadme al instante esos versos, dijo Justino ; creo que haré sobre ellos una buena música.

— Y me enseñaréis á cantarlos, ¿ no es verdad ? dijo Rosa de Noel.

— Sin duda.

También iba Petrus á decir algo, cuando llamaron á la puerta, dando tres golpes de cierta manera.

— ¡ Ah ! dijo Petrus palideciendo, es Salvador.

En seguida, con una voz á la que intentaba devolver su firmeza :

— Entrad, dijo.

Oyóse entonces la voz de Salvador que decía :

— Acuéstate ahí, Rolando.

En seguida se abrió la puerta y apareció Salvador con su traje de mandadero.

Rolando permaneció acostado sobre la meseta de la escalera al lado de fuera de la puerta.

FIN DEL TOMO CUARTO.

## ÍNDICE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

Págs.

### CONTINUACIÓN DEL LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO VII. — Los tres recuerdos del duque de Reich stad.	5
CAP. VIII. — Que para nada es útil más que para satisfacer un capricho del autor . . . . .	14
CAP. IX. — La aparición . . . . .	25
CAP. X. — Delenda Carthago . . . . .	52
CAP. XI. — Delenda Carthago (continuación). . . . .	41
CAP. XII. — El prisionero de Santa Elena . . . . .	49

### LIBRO DÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. — El prisionero de Schenbrunn . . . . .	60
CAP. II. — Montrouge y Saint-Acheul . . . . .	70
CAP. III. — La ley de amor . . . . .	81
CAP. IV. — Periódicos, teatros, hombres grandes, publicistas, artistas, pintores, escultores, cómicos, banqueros . . . . .	90
CAP. V. — El mandadero de la calle de Fers . . . . .	99